

LA IDEOLOGÍA DÚCTIL: DE DISCURSO ABSOLUTISTA A ELEMENTO CONFIGURADOR DE LA EXPERIENCIA

*THE DUCTILE IDEOLOGY: FROM BEING AN ABSOLUTIST DISCOURSE TO
BEING AN ELEMENT WHICH CONFIGURES THE EXPERIENCE*

ORIO ALONSO CANO

Escuela Universitaria Formatic Barcelona
oriolalonso@formatic-barna.com

Resumen

Esta lacónica investigación tiene la finalidad de dilucidar el recorrido histórico de uno de los fenómenos más relevantes del imaginario colectivo, a saber: la ideología. Se observará como dicho fenómeno pasará de ser un discurso absoluto acerca de la realidad del sujeto, a un elemento vertebrador y constituyente de la experiencia psicológica del subjetividad (a la sazón del discurso postmoderno). Para analizar este tránsito, se observarán los planteamientos de Marx y Engels, como representantes del materialismo histórico y fundadores de la visión tradicional del fenómeno, Althusser, como discurso que inicia el viraje de la ideología hacia el sujeto y, finalmente, Žižek, como elemento integrador de la visión tradicional y subjetivista de la misma.

Palabras clave: Ideología, experiencia, sujeto, capitalismo.

Abstract

This research purpots to examine the historical tour of one of the most relevant phenomena of the collective imaginary: the ideology. It will be observed as the above mentioned phenomenon will happen of being an absolute theory it brings over of the reality of the subject, to an element constituent of the psychological experience of the subjectivity (to the season of the postmodern speech). To analyze this transit, will be observed the expositions of Marx and Engels, as representatives of the historical materialism and founders of the traditional vision of the phenomenon, Althusser, as speech that initiates the turn of the ideology to the subject and, finally, Žižek, as of integration theory of the traditional vision and subjectivity speech.

Keywords: Ideology, experience, subject, capitalism.

Introducción

El fenómeno de la ideología se erige en uno de los mecanismos represores más eficaces de la lógica capitalista. Ahora bien, no siempre la realidad ideológica ha gozado de esta significación represora. En particular, el origen del concepto debe ubicarse en el *sensismo* propio del

materialismo francés del siglo XVIII¹. En particular, su significado originario hace referencia a la ciencia propia de las ideas y

como el único medio reconocido y aplicado en la ciencia era el análisis, la expresión significaba “análisis de las ideas”, o sea, “búsqueda del origen de las ideas”. Las ideas tenían que descomponerse en sus “elementos” y estos no podían ser sino “sensaciones”: las ideas derivan de las sensaciones².

Por consiguiente, originariamente ideología designa el intento de abarcar la autentica realidad que configura nuestro conocimiento. En tanto que nuestro pensamiento se constituye por ideas, y estas, según el materialismo francés, tienen una composición material, la ideología, como ciencia de las ideas, pretende tipificar los elementos materiales vertebradores de las ideas.

Sin embargo, a la sazón del materialismo histórico defendido por Marx y Engels, y continuado por Lenin, Gramsci entre otros, el concepto pasa a tener una concepción absolutamente antagónica. Concretamente se erigirá el paradigma ideológico como el elemento falsificador que oculta el auténtico estado de la realidad, favoreciendo los intereses de una clase determinada (la burguesa). De modo que Marx, adoptará el concepto del materialismo francés y le otorgará una nueva significación, absolutamente contraria a la de su origen.

Ahora bien, con el desarrollo de planteamientos, que continúan las tesis propugnadas por el materialismo histórico, como pueden ser los de la Escuela de Frankfurt (Benjamin, Marcuse, Adorno, Horkheimer...), el estructuralismo y postestructuralismo (Deleuze, Foucault, Derrida...) el concepto sufre modificaciones que hacen que el fenómeno goce de una multiplicidad significativa radical. Dicha pluralidad, que nos podría conducir a una cierta ambigüedad del concepto, y, por ende, de la realidad del fenómeno, puede verse en las posibles significaciones que ha gozado el concepto, a saber:

proceso de producción de significados, signos y valores en la vida cotidiana; conjunto de ideas características de un grupo o clase social; ideas que permiten legitimar un poder político dominante; ideas falsas que contribuyen a legitimar un poder político dominante; comunicación sistemáticamente deformada; aquello que facilita una toma de posición ante un tema; tipo de pensamiento motivado por intereses sociales; pensamiento de la identidad; ilusión socialmente necesaria; unión de discurso y po-

¹ Gramsci, A (1978).

² *Ibid.*, p. 362.

der; medio por el que los agentes sociales dan sentido a su mundo, de manera consciente; conjunta de creencias orientadas a la acción; confusión de la realidad fenoménica y lingüística; cierre semiótico; medio indispensable en el que las personas expresan en su vida sus relaciones en una estructura social; proceso por el cual la vida social se convierte en una realidad natural”³.

Por consiguiente, el fenómeno ideológico parece designar una pluralidad de sentido que podría dificultar la tarea de determinar su poder para hacer referencia a una determinada realidad concreta. Empero, si analizamos detenidamente todas estas consideraciones, vemos un hilo común: la ideología hace referencia a ideas y creencias (falsas), que no derivan únicamente de los intereses de la clase dominante, sino “*de la estructura material del conjunto de la sociedad*”⁴. Lo ideológico se refiere, simplificando un tanto la cuestión, la forma de pensamiento que impone el devenir social (capitalista).

Si la ideología designa las ideas impuestas por la sociedad (capitalista), nos sale a nuestro encuentro la pregunta acerca de cómo se produce esta asimilación ideológica. Una de las posibles respuestas que podríamos ofrecer es la que nos ofrece Festinger con su célebre concepción acerca de la *presión social*. Es decir, el desarrollo de la lógica capitalista se generaría a la sazón de la fuerza que ejerce a los miembros que componen su sociedad, para que se acomoden a un mismo patrón. De esta manera, para poder otorgar certidumbre a los individuos, la lógica capitalista se encargaría de ejercer una ingente presión para que se adecuen a la dinámica del sistema.

Consiguientemente, el capitalismo, merced a esta *coerción* social que materializa a sus miembros, se configura como el discurso imperante y como la verdadera realidad, carente de toda consideración crítica. La ideología capitalista se convierte en un elemento estructurador de la realidad social del sujeto, imposibilitándole cualesquier prurito crítico⁵. La razón de este hecho es evidente: si el individuo estructura su realidad desde los patrones capitalistas, y no puede elucubrar allende ellos, todo su potencial crítico estará imbuido de la lógica capitalista. Dicho en otros términos, gracias al discurso ideológico nos es imposible trascender la dinámica del capitalismo puesto que todo se halla atrapado bajo sus tentáculos.

³ Eagleton, T (1997), pp. 19-20.

⁴ *Ibid.*, p. 54.

⁵ H. Marcuse (2005).

Así pues, si la ideología se establece cómo este mecanismo estructurador y vertebrador de la experiencia, en su acepción contemporánea, observamos cómo podemos establecer que la ideología puede concebirse como una forma de cultura, tal y como la entiende la tradición histórico-cultural o el socioconstructivismo. Si observamos las tesis de Vygotski, Brunner o Schweder, la cultura se ubica en el centro de la realidad, materializándose la experiencia psicológica a la sazón de los patrones culturales⁶. La cultura se erige en un elemento constitutivo y, por ende, condición de posibilidad de lo psicológico (ya que no es posible la experiencia psicológica si se adolece del horizonte cultural), así como delimitante (puesto que la cultura ofrece los significados de la realidad para la subjetividad, mientras que esta desarrolla una determinada experiencia u otra, a la sazón de la significación que le atribuye a lo que acontece).

Consiguientemente, observamos un fenómeno que resulta muy interesante para con lo ideológico, y que se va a erigir en el punto central del tránsito de la concepción moderna a la contemporánea de la ideología: Si para la concepción moderna, la cultura es ideología, en tanto que discurso absoluto que pretende ofrecer una determinada cosmovisión (falseada) de la realidad, el planteamiento contemporáneo de ideología, en tanto que elemento estructurador y vertebrador de la experiencia del sujeto, se convierte en cultura.

Para observar esta mutación contemporánea del fenómeno ideológico, se abordará un lacónico recorrido por las concepciones de tres de los autores que se yerguen en puntos clave para determinar este desarrollo de la ideología. Con las propuestas de Marx y Engels, Althusser y Zizek se observará como la ideología pasará de ser ese discurso omniabarcador (interesado y falsificador) de la realidad, a ser un elemento estructurador de la experiencia psicológica del sujeto.

1. El materialismo histórico: la falsa conciencia ideológica.

Para el materialismo histórico, toda actividad cultural, política o jurídica se enmarca en el seno del ejercicio ideológico de la sociedad. Dicho en otros términos, la política se ubica en un discurso ideológico que se encargaría de representar de una forma falsa el auténtico devenir de lo real. Veamos de qué

⁶J. García-Borés (2000)

manera el materialismo histórico articula esta tesis que aúna la cultura con lo ideológico y, por ende, con una falsa representación de lo real.

Si dirigimos la mirada a los padres del materialismo, Marx y Engels, observamos su defensa de una concepción histórico-material del sujeto. El hombre, para nuestros autores, se diferencia de los animales no por su conciencia o por la capacidad de generar articulaciones abstractas, sino más bien porque produce sus propios medios de vida⁷. De esta manera, al producir sus medios vitales, produce, para Marx y Engels, su propia vida material de forma indirecta⁸.

A su vez, la manera como los hombres producen sus medios vitales depende de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran los hombres. Este modo de producción es un determinado modo de la actividad de los sujetos. Por consiguiente, lo que los individuos son depende, en última instancia, de las condiciones materiales de su producción⁹.

La producción abstracta de ideas, las manifestaciones culturales, así como las representaciones del sujeto, aparecen al principio directamente entrelazadas con la actividad material de los mismos. Los hombres son los propios generadores de sus representaciones mentales y, en tanto que tal, se hallan determinadas y condicionadas por un determinado desarrollo de las fuerzas productivas. De esta forma, la conciencia se halla completamente determinada por la realidad en la que se halla circunscrito el sujeto. La política, al igual que la moral, religión, metafísica, filosofía y demás instancias que configuran el elemento superestructural de la realidad, no tienen una historia propia y exclusiva, ni un desarrollo propio, sino que los sujetos, que desarrollan su producción material y su intercambio, los que hacen variar sus pensamientos y conciencia. Dicho sucintamente, no es la conciencia la que determina la vida sino que, por el contrario, es la vida la que constituye la conciencia.

Si la producción intelectual se transforma con la producción material, entonces cabe colegir, siguiendo a nuestros autores que *“las ideas dominantes de*

⁷ K. Marx y F. Engels (1970).

⁸ Esta concepción materialista del sujeto es deudora de la tesis de Feuerbach acerca de la constitución puramente corporal, material, de lo real. Sólo la materia goza de un verdadero estatuto ontológico para el discurso feuerbachiano (Feuerbach, 2002). No obstante, dicho materialismo no era algo exclusivo de Feuerbach. Autores como Stirner (Stirner, 2004) defenderán tesis análogas en el contexto discursivo de Feuerbach (por no hablar del materialismo de Demócrito, de cuyo autor Marx realizó su tesis doctoral).

⁹ *Ibid.*

*una época siempre han sido las ideas de la clase dominante*¹⁰. Dicho en otras palabras, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad en cuestión es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante de manera que aquella clase social que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone, con ello, simultáneamente, de los medios de producción espiritual. Por consiguiente, si en la sociedad capitalista quien ostenta el poder de los modos de producción es la burguesía, el discurso dominante será el burgués-capitalista (división del trabajo-plusvalor-fetichismo de la mercancía), fomentando el desequilibrio estructural-social, la *lucha de clases* inherente en todo periodo histórico

Ahora bien, este hecho a lo que nos conduce es a una cuestión de ingente relevancia: si las ideas dominantes son las propias de las clases dominantes, ello significa que se va a producir una falsa representación de la realidad en favor de la representación de la realidad para el grupo social imperante. Expresado en otros términos, las ideas que desarrollarán los fuertes de la historia¹¹ no serán otras que aquellas que garanticen su reproducción en el poder. En consecuencia se efectuará toda una falsa representación de lo real para poder llevar a cabo dicha finalidad. Es de esta manera como emerge el discurso superestructural de toda sociedad (cultura, dimensión jurídica, filosofía...): como un intento de ocultación del auténtico devenir (explotador) de lo real. En este contexto, lo político es un mecanismo y dispositivo que posee el poder para poder garantizar su pervivencia en el eslabón más alto de lo social, erigiéndose en un elemento disuasorio o alucinógeno. La política, no lo escondamos más, en tanto que elemento ideológico, sirve a los intereses de la clase dominante.

De esta manera, la ideología, en general, y lo político, en particular, se erigen en narrativas que pretenden ofrecer una exposición de lo real que favorezca la perpetuación de la lucha de clases y, por ende, la explotación de una clase social por otra. Con el discurso del materialismo histórico clásico, que ulteriormente desarrollarán autores como Lenin o Gramsci, se establece lo que podríamos denominar la concepción moderna de ideología, en tanto que discurso omniabarcador que pretende legitimar un poder determinado, con independencia de los sujetos receptores a dicho discurso. Esta caracterización de la ideología como falsa representación de la realidad conlleva toda una serie de

¹⁰ Ibid., p. 32.

¹¹ G. Vattimo y S. Zabala (2012).

consecuencias y de posibles críticas¹². De todas ellas, vamos a destacar una: este discurso de la falsa representación de lo real nos conduce al siguiente argumento: si existe una falsa conciencia de lo real, que responde a unos intereses determinados, ellos nos conduce al hecho de afirmar la existencia de un reducto no-ideológico, en el que podemos vislumbrar el auténtico funcionamiento de lo real. Para llegar a él, sería necesario un ejercicio deconstruccionista, entendiendo por tal ejercicio el propuesto por Derrida, que nos permitiría ir eliminando y explotando las diferentes capas de sentido, impuestas por la clase dominante, hasta alcanzar un contexto libre de toda articulación ideológica. Dicho en otras palabras, la afirmación de un discurso (ideológico) dominante, para los materialistas clásicos, y, por ende, para la concepción moderna de ideología, conlleva un espacio de verdad absoluta. Con lo cual, en última instancia, estamos cayendo en la ancestral imagen maniquea de una polaridad de poderes absolutos, con independencia del sujeto receptor de dichos poderes. Provocativamente expresado, con la concepción moderna de ideología no dejamos de salir de la *metanarrativa cristiana* que tanto pretendían aniquilar nuestros autores materialistas.

El problema estriba en que la ideología se convierte en un discurso absoluto, que se gesta en

una teoría del conocimiento ingenua y desacreditada, aquella por la que algunos de nuestras ideas “encajan” o “corresponder a” la manera de ser de las cosas, mientras que otras no corresponden o encajan.¹³

La ideología en su acepción moderna adolece de la referencia a la estructuración de la experiencia del sujeto que, en cierta manera se erige en el receptor del discurso ideológico, al erigirse en un mecanismo superestructural, de carácter absolutista y que se gesta en una epistemología realista.

2. Althusser y los aie: la ideología como forma especular.

Se ha observado como para marx y engels la ideología no deja de ser la falsa representación de la realidad que materializa la clase dominante para, de esta manera, poder garantizar la perpetuación de su dominio. La política, en tanto que dispositivo ideológico, se yergue en una instancia aparente y engañosa,

¹² T. Eagleton, citado en *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p. 30.

puesto que esconde los verdaderos hilos (de intereses privados de clase) que la sustentan y mueven.

Sin embargo, en este recorrido histórico que se está materializando de la ideología, en tanto y cuanto característica de lo político, para observar la contraposición entre la perspectiva moderna y contemporánea de la misma, la figura de Althusser se erige, según nuestra investigación, en el discurso conector entre la perspectiva moderna y contemporánea, puesto que vehicula y articula la propuesta marxiana desarrollándola hacia lo que será la visión propia de la postmodernidad.

Si dirigimos la atención al paradigma althusseriano, observamos que la cultura se inscribe en la lógica de la ideología. Ahora bien, a diferencia de lo que en anterioridad observábamos de Marx, Engels, la ideología debe ser comprendida desde unos parámetros distintos. Veamos su dinámica explicativa.

Al igual que lo estipulado por la propuesta marxiana, para nuestro autor no puede existir la producción si no es posible una reproducción de las condiciones materiales que posibilitan dicha producción. Expresado en otros términos, para que se perpetúe la lógica del sistema es esencial la reproducción de los medios de producción y, por ende, de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, para poder llevar a cabo dicha reproducción, será esencial la intervención del Estado, en tanto y cuanto *aparato represivo*. De esta forma, siguiendo lo estipulado por Marx, Lenin o Bakunin,

“el aparato de Estado, que define a éste como fuerza de ejecución y de intervención represiva “al servicio de las clases dominantes”, en la lucha de clases librada por la burguesía y sus aliados contra el proletariado, es realmente al Estado y define perfectamente su “función” fundamental”¹⁴

Es el Estado el que se halla en la encrucijada de servir a los intereses propios y exclusivos de la clase dominante. No obstante, para Althusser, esta visión del Estado en tanto y cuanto *aparato represivo*, que recoge de la tradición tradicional del materialismo histórico y del anarquismo es que se inscribe exclusivamente en términos descriptivos. Es decir, el problema de esta visión es que es puramente descriptiva (lo cual no significa que sea falsa) y, para nuestro autor, la descriptividad es una etapa transitoria y necesaria para desarrollar una teoría fuerte acerca del auténtico devenir de lo real. La descripción, dicho

¹⁴ L. Althusser (1988), p. 19

en otras palabras, es el comienzo ineludible de la teoría pero que, en tanto que inicio, exige una supresión.

El Estado, para Althusser, sólo tiene un sentido en tanto y cuanto *poder del Estado*. De esta manera, debe demarcarse el *aparato del Estado* del *poder del Estado*. Sin embargo, nos podemos preguntar ahora como ejerce ese poder el Estado para que nuestro autor lo ubique en el centro de su exposición explicativa respecto a la fuerza ideológica que ejerce todo estado. La respuesta es que ese poder se ejerce a la sazón de los *aparatos ideológicos de Estado*.

Estos son “cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas”¹⁵. En particular, el discurso althusseriano identifica un total de ocho, a saber: AIE religioso, escolar, familiar, jurídico, político, sindical, de información y, para lo que a nosotros nos interesa, cultural. Una de las características fundamentales de los AIE es que se deben diferenciar radicalmente del *aparato (represivo) de Estado*, puesto que este último tiene un carácter único y exclusivo, que pertenece al ámbito público y que funciona exclusivamente “*mediante la violencia*”¹⁶. Los AIE es una pluralidad represiva, que proceden del ámbito privado y que, aunque ejerza violencia, este ejercicio siempre es secundario puesto que su mecanismo represor se guía primordialmente por la ideología. Dicho en otros términos, la diferencia entre ambas estriba en que los A(R)E funcionan masivamente a la sazón de la represión violenta, en tanto que forma dominante, y sólo secundariamente con la ideología, mientras que, por el contrario, los AIE, se articulan primordialmente con la ideología y su represión (violenta) es secundaria y simbólica.

No obstante, debe destacarse que aquello que unifica esa pluralidad de AIE no deja de ser otra cosa que la *ideología dominante* de la clase dominante. Hay una pluralidad de AIE pero todos ellos llevan inscritos, en términos de Derrida, una *huella* primordial, que no es otra que la ideología que impone la clase que sustenta el poder.

Si se ahonda en la lógica de los AIE se observará como, para nuestro autor, en el capitalismo, el que impera es el AIE escolar. Y este es uno de los aspectos clave para observar este paso de la ideología moderna a la postmoderna, ya que la moderna se fundamentaba, principalmente, la ideología diseminada por la Iglesia y la familia. Para el discurso althusseriano, la escuela

¹⁵ *Ibid.*, p. 24.

¹⁶ *Ibid.*, p. 26.

toma a su cargo a los niños de todas las clases sociales desde el jardín de infantes, y desde el jardín de infantes les vincula –con nuevos y viejos métodos, durante muchos años, precisamente aquellos en los que el niño, atrapado entre el aparato de Estado-familia y el aparato de Estado-escuela, es más vulnerable- “habilidades” recubiertas por la ideología dominante (el idioma, el cálculo, la historia natural, las ciencias, la literatura) o, más directamente, la ideología dominante en estado puro (moral, instrucción cívica, filosofía)¹⁷.

En el sistema educativo capitalista, en tanto que elemento vertebrador ideológico, se aprenden las capacidades y conveniencias

que debe observar todo agente de la división del trabajo, según el puesto que está “destinado” a ocupar: reglas de moral y de conciencia cívica y profesional, lo que significa en realidad reglas de respeto a la división social-técnica del trabajo y, en definitiva, reglas del orden establecido por la dominación de clase¹⁸.

Con todos aquellos que alcanzan la última etapa educativa, se les tiene garantizada una funcionalidad en el seno de la propia lógica sistemática capitalista: desde el semiocupado intelectual, hasta los agentes de represión y los profesionales de la ideología, pasando por los intelectuales del trabajo colectivo o los agentes de explotación¹⁹. Todos estos patrones también se inculcan a través de los otros AIE pero es la escuela, la formación académica, la que dispone de tantos años de audiencia obligatoria.

Sin embargo, la ideología que se está poniendo en circulación no es otra que la

inculcación masiva de la ideología de la clase dominante, se reproduce gran parte de las relaciones de producción de una formación social capitalista, es decir, las relaciones de explotados a explotadores y de explotadores a explotados. Naturalmente, los mecanismos que producen este resultado (...) están recubiertos y disimulados por una ideología de la escuela universalmente reinante, pues ésta es una de las formas

¹⁷ *Ibid.*, p. 36.

¹⁸ *Ibid.*, p. 14.

¹⁹ A su vez, cabe destacar que a cada grupo que acabamos de observar, se le atribuye un rol determinado: *rol de explotado* (conciencia moral, cívica, profesional...), *rol de agente de la explotación* (saber mandar y hablar...), *rol de agente de la represión* (saber mandar y hacerse obedecer) y, en último término, *profesionales de la ideología*.

esenciales de la ideología burguesa dominante: una ideología que representa a la escuela como un medio neutro, desprovisto de ideología²⁰.

La ideología de la clase dominante es la que se dispersa y de perpetua. Sin embargo, hay que definir los términos y elementos que configuran la lógica de la ideología. Dicho en otros términos, debemos observar como Althusser caracteriza dicha ideología para poder ver en qué grado su introyección subjetiva, expresado en términos de Marcuse, es tan efectiva, por un lado, y como dicha noción se aleja de la concepción moderna-tradicional de ideología, puesta en circulación por el discurso del materialismo histórico.

En primer término, debe reseñarse que la ideología adolece de historia. Y es en esta tesis donde puede observarse los ecos del discurso del inconsciente de Freud y Lacan, ya que

si es eterno no quiere decir trascendente a toda historia (temporal), sino omnipresente, transhistórico y, por lo tanto, inmutable en su forma en todo el transcurso de la historia, yo retomaré palabra por palabra la expresión de Freud y escribiré: la ideología es eterna, igual que el inconsciente, y agregaré que esta comparación me parece teóricamente justificada por el hecho de que la eternidad del inconsciente está en relación con la eternidad de la ideología en general²¹.

La ideología carece de historicidad debido a su carácter omniabarcador, por el hecho de impregnar cualesquier reducto de la existencia del sujeto. En tanto que tal, está dotada de inmutabilidad.

En segundo lugar, para el paradigma althusseriano, la ideología no deja de ser otra cosa que la “relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia”²². Dicho en otras palabras, nuestro autor coge las tesis lacanianas de la relación imaginaria con el mundo, del *fantasma*, para afirmar que no son sus condiciones materiales de existencia lo que los individuos se representan en tanto que ideología, sino que, por el contrario, aquello que se representa es ante todo “la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia”²³. Esta relación, para Althusser, es el nudo central de toda representación ideológica y, por ende, imaginaria, del mundo real. Es la naturaleza ima-

²⁰ *Ibid.*, p. 38.

²¹ *Ibid.*, pp. 42-43.

²² *Ibid.*, p. 45.

²³ *Ibid.*

ginaria de esa relación la que sostiene toda deformación imaginaria que puede observarse en toda ideología. De modo que,

toda la ideología, en su deformación necesariamente imaginaria, no representa las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de allí se derivan) sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ella resultan²⁴.

Como tercer componente que caracteriza el fenómeno de la ideología para Althusser hallamos el hecho que goza de una existencia material. Es decir, lo ideológico hace referencia a actos insertos en prácticas específicas de los sujetos. De esta manera, esas ideas son actos materiales que se encuentran incorporados en prácticas materiales, reguladas por materiales definidos que, a su vez, proceden del aparato ideológico material. Así pues,

la ideología existe en un aparato ideológico material que prescribe prácticas materiales reguladas por un ritual material, prácticas éstas que existen en los actos materiales de un sujeto que actúa con toda conciencia según su creencia²⁵.

En cuarto término, observamos la tesis central de la ideología, según las propias palabras de nuestro autor: “*la ideología interpela a los individuos como sujetos*”²⁶. Sólo existe ideología para los sujetos concretos y, a su vez, ese destino de la ideología únicamente es posible por el sujeto. La categoría de *sujeto* es constitutiva de toda ideología. Ahora bien, se erige en constitutiva en tanto que toda ideología tiene por función primordial la constitución de los individuos concretos como sujetos²⁷. Por consiguiente,

²⁴ *Ibid.*, p. 46.

²⁵ *Ibid.*, p. 50.

²⁶ *Ibid.*, p. 52.

²⁷ En este punto es necesario realizar la distinción entre individuos concretos y sujetos para Althusser. La ideología se encarga de transformar a los individuos concretos en sujetos mediante la interpelación ideológica. En relación a este hecho, “*los individuos son siempre-ya interpelados por la ideología como sujetos; lo cual necesariamente nos lleva a una última proposición: los individuos son siempre-ya sujetos. Por lo tanto los individuos son “abstractos” respecto de los sujetos que ellos mismos son siempre-ya*” (Althusser, 1988, p. 57).

el funcionamiento de toda ideología existe en ese juego de doble constitución, ya que la ideología no es nada más que su funcionamiento en las formas materiales de la existencia de ese funcionamiento²⁸.

Es propio de la ideología imponer (sin parecerlo) las evidencias que estipula su discurso ideológico como evidencias que no pueden cesarse de reconocer. De ahí que la ideología tenga dos funciones primordiales: por un lado el reconocimiento y, por el otro, el desconocimiento. Todos los individuos que configuran una sociedad son interpelados como sujetos que, como tales, efectúan prácticas rituales de reconocimiento ideológico que garantizan la existencia en tanto que sujetos concretos. De manera que “la escritura a la cual yo procedo actualmente y lectura a la cual ustedes se dedican actualmente son, también ellas desde este punto de vista, rituales de reconocimiento ideológico”²⁹.

Este último aspecto de la interpelación de la ideología al individuo nos conduce a la célebre concepción de Lacan de la fase especular del sujeto. Para Althusser, toda ideología posee una estructura especular puesto que la ideología se ubica en el centro e interpela a la infinidad de individuos como sujetos en una doble relación especular: somete a los sujetos y les da la posibilidad de que el sujeto pueda contemplar su propia imagen.

Consecuentemente, esta estructura especular podría dividirse, a su vez, en cuatro puntos, a saber:

- Interpelación de los individuos como sujetos.
- Sujeción a la ideología.
- Reconocimiento mutuo entre sujeto e ideología, entre sujetos mismos y reconocimiento del sujeto por él mismo.
- Garantía absoluta de que todo está bien como está y de que, con la condición de que los sujetos reconocen lo que son y se conduzcan en consecuencia, todo irá bien.

Tomados a partir de esta cuádruple interpelación, los sujetos pueden marchar solos en la inmensa mayoría de los casos. Únicamente los malos sujetos, los anormales, empleando terminología foucaultiana, son los que se desvían de la norma y provocan la intervención ocasional de tal o cual dispositivo del aparato (represivo) de Estado. Dicho en otros términos, el individuo es inter-

²⁸ *Ibid.*, p. 25.

²⁹ *Ibid.*, p. 54.

pelado ideológicamente como sujeto para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto (capitalista), por lo tanto para que acepte (libremente) su sujeción y, por ende, para que cumpla sólo los gestos y actos de su sujeción. En términos de Althusser, “no hay sujetos sino por y para su sujeción. Por eso “*marchan solos*”³⁰. No obstante, debe recordarse que la realidad intrínseca de este mecanismo no deja de ser otra cosa que la reproducción de las relaciones de producción y las relaciones que de ella proceden.

De esta manera, observamos cómo el discurso althusseriano vira la concepción materialista de la ideología y la ubica en un plano puramente de reestructuración perceptiva del sujeto. Lo ideológico no es un discurso (falso) de una clase que interesa perpetuar su poder, solamente, sino que es una interpe-lación de los individuos a ser sujetos y, por ende, a ser mecanismos sujetos al sistema. La ideología pasa a ser el aparato configurador de la experiencia de la subjetividad convirtiéndolo, en palabras de Foucault, en un *sujeto sujetado*.

3. S. Zizek y el espectro de la ideología.

La cultura, para Zizek, no deja de ser un elemento más que se incluye en el seno de los mecanismos ideológicos del capitalismo. Por consiguiente, al igual que nos acontece con los casos del materialismo histórico y Althusser anteriormente expuestos, si queremos columbrar la lógica de lo político en el seno de la sociedad (postmoderna en este caso), deberemos analizar cómo se configura y vertebrata la ideología.

Si para Althusser, la ideología se encargaría de estructurar la forma de generar experiencia del individuo y, por ende, convertirlo en una pieza funcional del sistema capitalista, Zizek incidirá en este aspecto vertebrador. La ideología (capitalista) es tan fuerte que ha conseguido articular la experiencia del sujeto de tal forma que

parece más fácil imaginar el “fin del mundo” que un cambio mucho más modesto en el modo de producción, como si el capitalismo liberal fuera lo “real” que de algún modo sobrevivirá, incluso bajo una catástrofe ecológica global³¹.

Esta constatación, que puede observarse sin ambages en la proliferación de filmes, novelas, relatos apocalípticos, nos conduce a la afirmación de la exis-

³⁰ *Ibid.*, p. 63.

³¹ S. Zizek (2004), p. 7.

tencia de la ideología en tanto que matriz generativa que determina la relación entre lo imaginable y lo inimaginable, así como los cambios que se producen en esa relación. El problema de la ideología, según el pensador esloveno, estriba en su carácter ambiguo y elusivo al poder

designar cualquier cosa, desde una actitud contemplativa que desconoce su dependencia de la realidad social hasta un conjunto de creencias orientadas a la acción, desde el medio indispensable en el que los individuos viven sus relaciones con una estructura social hasta las ideas falsas que legitiman un poder político dominante. Parecería surgir justamente cuando intentamos evitarla, mientras que no aparece cuando es claramente esperable³².

Debido a ese carácter dúctil del fenómeno, no es de extrañar el ingente número de críticas que ha suscitado³³, sin embargo, la crítica a la ideología, en tanto que presupone y remite a un lugar privilegiado que se exime de lo ideológico, no se escabulle de la lógica de la ideología. De modo, puede aseverarse sin ambages que “cuando se denuncia un procedimiento como “ideológico por excelencia”, podemos estar seguros de que su inversión no es menos ideológica”³⁴.

Rechazando toda crítica a la ideológica, al considerarla estéril puesto que se encuadra en el seno de aquello que pretende invertir, Žizek establece que toda noción de ideología debe desvincularse de la lógica representacionista, de manera que todo elemento ideológico se aleja inexorablemente de cualesquier concepción ilusoria o con una representación errónea, distorsionada de su contenido social. Una ideología no tiene por qué ser falsa puesto que

en cuanto a su contenido positivo, puede ser “cierta”, bastante precisa, puesto que lo que realmente importa no es el contenido afirmado como tal, sino el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación³⁵.

En este punto, Žizek recoge lo estipulado por Althusser en el sentido que lo ideológico tiene sentido en tanto que elemento imaginario que constituye al sujeto como tal. La ideología, vista desde esta óptica, es funcional respecto a

³² *Ibid.*, p. 10.

³³ T. Eagleton, citado en *Ibid.*

³⁴ S. Žizek citado en *Ibid.*, p. 10.

³⁵ *Ibid.*, p. 15.

alguna relación de dominación y, en este sentido, la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación, debe permanecer oculta para tener una determinada efectividad. El poder, dicho en otros términos, se ejerce en el inconsciente.

Ahora bien, para observar esta legitimación del discurso ideológico, Žizek establecerá una reconstrucción hegeliana lógico-narrativa para observar en qué medida aquello que se yergue como teórico no-ideológico se transforma en ideología (de cómo el ademán de alejarse de todo aquello que constituye lo ideológico nos conduce a su interior).

En primer lugar, se advierte la *ideología en sí* que haría referencia a las doctrinas, conjunto de creencias, conceptos y demás instancias que tienen la finalidad de convencer de su propia verdad y que, a su vez, se hallan al servicio de algún interés (desconocido) determinado. Acudiendo a las tesis de M. Pêcheux, la cuestión, en este punto, designa los mecanismos discursivos que generan una evidencia del sentido. Una certeza manifiesta, una concepción de que las cosas hablan por sí mismas. Ahora bien, este elemento es puro engaño puesto que los hechos nunca hablan por sí mismos sino que la red de dispositivos discursivos son los que las hacen hablar. Apelando a Barthes, la ideología se erige, en este estrato, en la naturalización del orden simbólico, la reificación de los resultados de los elementos y prácticas discursivas en propiedades de la cosa en sí. Dicho en otros términos, a lo que nos conducen todas estas consideraciones respecto este primer punto, es que la ideología se constituye en una serie de prácticas discursivas que pretenden establecer una determinada realidad (no discursiva).

En segundo lugar, se observa la *ideología para sí* que haría referencia a la exteriorización de la ideología. Es decir, en este punto nuestro autor acoge las tesis de Althusser y estipula la necesidad de los AIE que se encargaría de designar la existencia material de lo ideológico en prácticas ideológicas, rituales e instituciones. De esta manera, el discurso materializado debe difundirse y, para tal menester, es esencial los AIE.

Finalmente, y como tercer elemento constitutivo de la ideologización de lo no-ideológico, es que la exteriorización de los AIE produce la

desintegración, la autolimitación y la autodispersión de la noción de ideología. La ideología ya no se concibe como un mecanismo homogéneo que garantiza la reproducción social³⁶.

³⁶ *Ibid.*, p. 23.

Esta dispersión de lo ideológico es algo constitutivamente postmoderno y puede observarse diáfananamente en la proliferación de los mass media en el capitalismo tardío. Con ellos, la ideología parece que puede inculcarse hasta en el último reducto de porosidad social. Sin embargo, y de una forma aparente, los sujetos parecen actuar de manera independiente de sus creencias e ideologías y sostenerse por criterios y elementos económicos. Empero esta situación es pura apariencia puesto que no se es capaz de escaparse de la lógica de la ideología. Lo que hay, según Zizek, es el *para sí* que actúa en el *en sí*, o, dicho en otras palabras, lo que se produce es la “*elusiva red de actitudes y presupuestos implícitos, cuasi “espontáneos”, que constituyen un momento irreductible de la reproducción de las prácticas “no ideológicas” (económicos, legales, políticas, sexuales...)*”³⁷.

Este desarrollo que establece Zizek no conduce a una situación omniabarcadora de la ideología. Es decir,

la ideología no es todo; es posible suponer una posición que no nos permita mantener una distancia con respecto a ella, pero este lugar desde el que se puede denunciar la ideología debe permanecer vacío, no puede ser ocupado por ninguna realidad definida positivamente. En el momento en que caemos en esa tentación, volvemos a la ideología³⁸.

Esta consideración a lo que nos conduce es al hecho de afirmar la existencia de un reducto no ideológico, pero que, en tanto que tal, no puede ser identificado con ninguna facticidad. En el momento en que esa ubicación sea ocupada, el elemento ocupante convertirá ipso facto, ese espacio como ideológico. Apelando a ciertas tesis de Merleau-Ponty y su noción de *horizonte*, si queremos hablar de espacios no ideológicos deberemos olvidarnos de representarlo de una forma positiva y objetiva, para pasar a definirlo en términos diacríticos.

Por ese motivo, Zizek afirma que toda ideología, si se define como tal, lo hace siempre a la sazón de su demarcación para con otra ideología. Expresado en otros términos, el diacriticismo se observa en el momento en que

³⁷ *Ibid.*, p. 24.

³⁸ *Ibid.*, p. 26.

un individuo sometido a la ideología nunca puede decir por sí mismo “Estoy en la ideología”, siempre necesita otro corpus de doxa para poder distinguir de ella su propia posición verdadera³⁹.

Analizada de esta forma diacrítica la lógica de la ideología, nuestro autor apunta el último bastión de combate para todos aquellos que se erigen en elementos constitutivos de lo ideológico. Considerar un núcleo preideológico, una matriz formal, sobre la que se imprimen diversas formaciones ideológicas, “en el hecho de que no hay realidad sin el espectro, de que el círculo de la realidad se puede cerrar sólo por medio de su misterioso complemento espectral”⁴⁰. Para solventar esta problemática, debemos recurrir a Lacan y su definición de lo espectral. Para el discurso lacaniano, la facticidad, la realidad, nunca se erige en la *cosa en sí*, al igual que estableció ya Kant en su *Kritik der reinen Vernunft*, puesto que siempre esta simbolizada, dotada de una determinada estructura dada por toda una serie de mecanismos simbólicos. El problema, para Lacan y Žižek, es que dicha simbolización de lo real siempre se halla abocada al fracaso puesto que nunca logra cubrir de un modo completo lo real. Dicho en otras palabras, siempre hay una deuda simbólica pendiente irredenta. Pues bien, este elemento de lo real, que resta sin simbolización, aparece bajo la forma de apariciones espectrales⁴¹. Es decir,

la realidad nunca es directamente “ella misma”, se presenta sólo a través de su simbolización incompleta/fracasada y las apariciones espectrales emergen en esta misma brecha que separa para siempre la realidad de lo real, y a causa de la cual la realidad tiene el carácter de una ficción (simbólica): el espectro le da cuerpo a lo que escapa de la realidad (simbólicamente estructurada)⁴².

Pues bien, el núcleo preideológico que se apunta se encargaría de erigirse en esa aparición espectral que llenaría el hueco que existe por la simbolización incompleta de lo real. Sin embargo, este espectro oculta algo que no puede ser representado simbólicamente. Expresado en otros términos, el núcleo preideológico, en tanto que realidad espectral, se encarga de velar ese elemento no representable de lo real y que se yergue en el punto de fuga ideológico. Ex-

³⁹ *Ibid.*, p. 29.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 31.

⁴¹ *Ibid.*, p. 31.

⁴² *Ibid.*,

puesto de una forma lacaniana, lo que el espectro oculta no es la realidad en sí misma, sino aquello que es *primordialmente reprimido* en ella, el X irrepresentable sobre cuya *represión* se gesta la realidad.

Existe un contexto en el que lo ideológico no puede ocupar su espacio, sin embargo la tematización simbólica de dicha región se erige en una empresa imposible. En el momento en que se intenta conceptualizar, pasa a tener un estatuto ontológico de ideológico. Ahora bien, este elemento *primordialmente reprimido* no deja de ser otra cosa que la *lucha de clases*. Es el antagonismo el que mueve todo el aparato ideológico y lo constituye como una modificación de la manera que tiene el sujeto de experimentar la realidad. Un ejemplo diáfano de esta estructuración experiencial lo encontramos en la autoproclamación de la clase media como tal, a saber,

la misma distorsión es discernible en el hecho de que, en la actualidad, la única clase que en su autopercepción subjetiva se concibe explícitamente y se presenta como clase es la clase media, precisamente la “no-clase”: los estratos medios de la sociedad, supuestamente trabajadores e industriosos, que no sólo se definen por su adhesión a normas morales y religiosas firmes, sino también por una doble oposición a ambos extremos del espacio social: las opulentas corporaciones desarraigadas, no patrióticas, por un lado, y por el otro los inmigrantes pobres excluidos y los habitantes de guetos.⁴³

En su existencia *real* la clase media es la “*mentira encarnada*”⁴⁴, la negación propia del antagonismo estructural de clase. Es un *fetiche*, entendido en términos psicoanalíticos, que se presenta como el zócalo común y neutral de la sociedad, “*es la forma misma de la renegación del hecho de que “la sociedad no existe”*”⁴⁵. La noción de clase media se convierte en uno de los elementos clave para entender el papel que ejerce la ideología por lo que concierne a su poder vertebrador de la experiencia del sujeto. Su poder estriba precisamente en constituirse en un mecanismo que se encarga de articular perceptivamente la existencia de los individuos.

De esta manera, Žizek retoma las tesis de Althusser, articulándolas y desarrollándolas hasta el extremo de definir, lo que podríamos denominar, una de las concepciones más relevantes, de la postmodernidad, de ideología: cómo

⁴³ S. Žizek (2011), pp. 200-201.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 201.

⁴⁵ *Ibid.*

mecanismo estructurador de la experiencia del sujeto. Ya no es un simple artificio que emplea la clase dominante para perpetuar su poder, sino que es un elemento que regula y determina la experiencia de los sujetos para convertirlos en meros elementos funcionales de la lógica del sistema capitalista. Si para el discurso del materialismo histórico, clásico y que la investigación ha designado como *moderno*, el objetivo no es otro que apelar a una instancia superestructural y, por ende, tejida de elementos culturales, jurídicos y demás, que se encargaría de velar la auténtica infraestructura de la sociedad (que no es otra que el modo de producción capitalista), la noción postmoderna apela a la noción de subjetividad y de la forma en que el discurso ideológico se encarga de configurar la constelación perceptiva de este, transformándolo en un súbdito de la lógica sistémica.

4. Conclusión.

A lo largo de este lacónico estudio se ha pretendido observar de que manera el fenómeno de la ideología se desarrolla desde una concepción moderna a una contemporánea, caracterizándose la primera como un discurso absolutista que pretende ofrecer una determinada explicación de la realidad, mientras que la propia de la postmodernidad se encarga de defender que se trata de una manera de configurar la experiencia psicológica del sujeto.

El concepto goza de una ingente pluralidad de sentidos, lo cual podría conducirnos a una imposibilidad en el momento de poder demarcar su naturaleza pero, tal y como se ha observado, una significación se erige en el elemento vertebrador del fenómeno: el hecho de ser un conjunto de ideas, creencias y valores que emergen de la estructura material de la sociedad. Considerada de esta manera estructural, y viendo la consideración moderna de la realidad ideológica, que establece el discurso materialista histórico (con Marx y Engels a la cabeza), la ideología se erigirá en un discurso omniabarcador que tendrá la finalidad generar una falsa conciencia de la realidad. El objetivo de la ideología, en el seno del discurso materialista, no es otro que el de ocultar el auténtico devenir de lo real, para, de esta manera, poder perpetuar la situación (interesada) existente.

Ahora bien, como se observó esta tesis nos conduce a toda una serie de problemáticas, que hacen que el planteamiento de la ideología recaiga en lo que precisamente critican nuestros autores materialistas (teoría epistemológica ingenua, caída en un discurso maniqueo...). Por ese motivo, con la irrupción de las tesis de Althusser, considerando lo ideológico a la sazón de los AIE,

así como la propuesta postmoderna de Žižek, la ideología virará su rumbo absolutista e independiente de los receptores, para pasar a constituirse en un dispositivo estructurador de la experiencia de la subjetividad.

Así pues, y volviendo al inicio de la investigación, al convertirse en ese elemento vertebrador de lo psicológico, la consideración postmoderna de lo ideológico pasa a ocupar el rango que tiene lo cultural para las corrientes del socioconstructivismo o la escuela histórico-cultural. La ideología, por consiguiente, pasa a ser de receptáculo de toda manifestación cultural, con la concepción moderna, a ser un elemento de la cultura, para la postmoderna, a centrarse en la configuración experiencial del sujeto.

Bibliografía

- Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Nueva visión, Buenos Aires, 1988.
- Eagleton, T. *Ideología. Una introducción*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Feuerbach, L. *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*, Folio, Barcelona, 2001.
- Garcia-Borés, J. Paisajes de la Psicología Cultural. *Anuario de Psicología*, 31 (4), 9-25. 2002
- Garcia-Borés, J. Neurosis postmoderna: Un ejemplo de análisis psicocultural. *Anuario de Psicología*, 31 (4), 163-184. 2002
- Gramsci, A. *Antología, Siglo XXI*, Ciudad de México, 1978.
- Marcuse, H. *El hombre unidimensional*, Ariel, Barcelona, 2005.
- Marx, K. y Engels, F. *La ideología alemana*, Grijalbo, México D.F, 1970.
- Marx, K. y Engels, F. *Manifiesto Comunista*, LUB, Barcelona, 1997.
- Stirner, M. *El único y su propiedad*, Valdemar, Madrid, 2004.
- Vattimo, G. y Zabala, S. *Comunismo Hermenéutico. De Heidegger a Marx*, Herder, Barcelona, 2012.
- Žižek, S. *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, México D.F, 2004.
- Žižek, S. *El espinoso sujeto*, Paidós, Barcelona, 2011.